

sacaban mas que la punta de las narices, para qué van á buscarlas los editores cocheros del *Omnibus*? — Porque alguna persona habia de dirigir el *Omnibus*, y ¡quiénes mas propios que ellos, que cuanto encontraban de su partido lo metian dentro, luego luego, como sucedió con la cocinera Catarina que va en el tal *Omnibus*, para que les haga la famosa *olla podrida*? — Tiene razon: ¡pobre de Catarina! Qué calavera tan horrorosa ha de hacer! Es verdad; pero, ¡qué remedio? cuando los tiempos se han mudado tanto. — ¡Por qué no se han mudado vdes.? ¡No saben que:

Tempora mutantur, et nos mutamur in illis?

—Es cierto, me respondió; pero, ¡no sabe vd. que.

Quo semel est ibuta recens, servabit odorem.

Testa diu?

¡Quiere vd. que se olvide en un momento lo que se ha aprendido en veinte y cuatro años? — ¡Cómo lo han olvidado otros catedráticos que solo tienen veinte años? — Porque esos hablarán con el diablo; pero nosotros que solo hablamos con nuestros ultramontanos ¿cómo hemos de olvidar lo que hemos estudiado? — Vaya, hable vd. la verdad, y no andemos con hipocresías. El catedrático á quien vdes. han atacado tiene cuatro años ménos de catedrático que vdes., y tiene ideas liberales. — Pues ¡ay! amigo mio. ¡Qué chasco hemos llevado! No-

sotros creíamos que estábamos en aquellos tiempos felices en que se quemaba á las brujas y á las hechiceras, en que habia duendes, espectros y fantasmas; esperábamos que quemaran al ministro que dió la ley en que quitó los fueros, y al consabido periodista, por hereges; que destituyeran y cuando ménos penitenciaran á los dos presidentes, propietario y sustituto, por fautores de dichos hereges; que entrara en la presidencia uno de los nuestros, con unos ministros pintiparados, como los de que hablaba el plan que cogieron en Puebla, escepto un sansculote á quien sin duda por yerro de cuentas lo encajaron en el tal plan; pero estos malditos liberales federalistas minan mejor que si fueran arduillas; en ninguna parte tuvieron eco nuestros sapientísimos escritos, y cuando creíamos hacer un gran papel, pasando por ser las columnas de la religion y del estado eclesiástico, nos hemos quedado con los brazos cruzados, diciendo: *miren que caso*. — Pero si vdes. no mentaron ni siquiera la palabra *fuero*, ¿cómo creían que habian impugnado al periodista? — Pues qué ¡somos simples? Esa cuestion tiene muchos colmillos, y lo que dijo ese escritorillo no tiene respuesta, porque los documentos en que se funda, no admiten réplica; pero nosotros escudriñábamos las palabras del escritor y le atacábamos, principalmente el maestro maquinista, que parecia torero; ya lo busca por aquí, ya por

allí, ya le pide una aclaracion sobre esto, ya sobre aquello; mas siempre sin buen resultado.—Pero si vdes. —Dispense vd., ahora que dije maquinista me acordé que tengo que alcanzar al *Omnibus*, y ya vd. me ha hecho mala obra con su conversacion: agur, agur.—Vaya vd. por donde no haga daño, señor mio.

E.—No ha estado tan sin interés la conversacion que tuviste con los que iban en el *Omnibus*, y con el catedrático de veinticuatro años. Pero á tí ¿qué te parece de la revolucion de Puebla? ¿qué juicio formas de ella?

G.—Que es la mas disparatada que se ha visto. ¿No ves que ningun apoyo tuvo, que ningun gefe de algun Estado se adhirió á ella? ¿Qué revolucion has visto que tenga ménos prestigio que esta? Un general que tenia ganas de pronunciarse por algo, porque todas sus operaciones habian salido frustradas, se pronunció sin saber por qué, cerca de Zacapoaxtla. El fué á defender á Santa-Anna contra Vidaurri, y este lo *descoló*. Se pronunció con Haro en San Luis Potosí, y tambien quedaron descolados; despues fué á hacer su tercer pronunciamiento, que no valía nada: se le unió D. Antonio Haro, fué á atacarlos cierto general, llevó una division florida, dinero y muchos recursos de guerra, cometió una de las mas torpes y criminales defecciones, se unió á los pronunciados, que hasta entonces comenzaron á levantar cabeza.

E.—Bien, eso es lo que de hecho ha sucedido; ¿pero tú qué piensas acerca del pronunciamiento, prescindiendo de si tuvo bueno ó mal resultado?

G.—Que fué un disparate por esencia, presencia y potencia.

E.—Esplicáte, porque no te entiendo.

G.—Poco tiene que esplicar eso. Mira: lo primero, he dicho por esencia porque sustancialmente no tenia razon. Los pronunciados apelaron á la voz de religion para darle algun prestigio. Pero todo hombre sensato conoce que ninguna conecion tiene la religion con los fueros. Con el militar por sentado ninguna, esto no es menester probarlo; con el eclesiástico tampoco, porque siendo el fuero una concesion graciosa de la potestad civil, ¿qué derecho hay para ecsigirla á fuerza de balazos? Por otra parte ¿en dónde se encuentra en el Evangelio una sola palabra que indique que la religion se proclame con el alfange en la mano, á la manera de los turcos con el Alcoran?

E.—Pero no ófas que proclamaban la libertad de la nacion?

G.—Ese era un sarcasmo; porque ¿cómo se proclama la libertad de la nacion cuando se le oprime? Si se atiende á la concesion de los fueros, es contra la libertad; porque todo privilegio es odioso, y es contra la utilidad comun, y así proclamar un privilegio y decir que se hace por la libertad de la

nacion, es una contradiccion manifiesta. Si esa libertad se referia á quitarnos estorsiones que nos causara el gobierno del Sr. Comonfort, ¿cuáles eran esas estorsiones? Si ni se acababa de sentar en la silla presidencial, ni lugar habia tenido para decir á la nacion; ¿cómo le vá á vd.? cuando ya estaba en planta el pronunciamiento. Ahora segun el mismo, queria poner un gobierno justo que durara no mas miétras se constituia la nacion; y para que hubiera ese gobierno justo tres ó cuatro meses, se hacia una revolucion tan costosa? Si el Sr. Comonfort hubiera tratado de vender á la nacion ó de entregarla al estrangero ántes que se constituyera, habria estado bien el pronunciamiento; pero cuando ni una palabra se hablaba de esto, ningun motivo habia para pronunciarse.

E.—Estoy convencido de que el pronunciamiento fué un disparate por esencia. Veamos ahora por qué lo fué por presencia.

G.—¡Oh! eso es mucho más fácil de probar. Con solo ver y examinar los defensores, salimos del paso. Si se hubiera pronunciado un mayordomo de monjas, algunos sacristanes, ó cualesquiera otras personas devotas, habria tenido mas prestigio; pero pronunciarse en favor de la *religion* personas que no la conocen ni por el forro! Tú conoces personalmente á varios de ellos, y habrás observado cuál es la religion que profesan. Puede ser que

haya algunos que en efecto serán muy religiosos; pero otros hay *incertae fidei*, y que en mi concepto bastaban para desacreditar el tal pronunciamiento. Por ejemplo, cito entre estos al *muy timorato* presidente del *club de la Aguila Roja*.

E.—Vaya, tú haces juicios temerarios, y no te quiero ayudar á hacerlos, y así pasaremos á la tercera parte, ¿por qué era disparate por potencia?

G.—¡Hu! ¡hu! ¿No lo estás viendo, hombre de Dios? ¿Pues qué poder tuvieron? Estaban arinconados en un pueblito, gritando arma, arma, guerra, guerra. Se fugó cierto sugeto y se les unió; hasta ahí estaban lo mismo que ántes, el gobierno comisionó á un general para que los atacara. Este se aprovechó de cuanto pudo, y se pasó á los pronunciados y fué el que les hizo la olla gorda. Si ese general no se pasa, y mucho mas si los bate, esta es la hora en que á buen conseguir, andan por esos montes, alborotando esa gente rústica, y procurando escaparse, hasta que no cayeran en alguna ratonera, como sucedió al de la sierra. Despues tomaron á Puebla, pero con mucho trabajo; aunque el general que se les pasó se sacó cuantos pertrechos de guerra pudo, dejando á los liberales Traconis é Ibarra casi del todo inermes; sin embargo, se defendieron largo tiempo, y salieron de Puebla por medio de una capitulacion muy honrosa, cuando ya les fué imposible sostenerse.

E.—Sí; pero despues engrosaron sus filas.

G.—Con una ú otra partida de gefes sin lealtad que se pasaron, y algunos oficiales retirados y hambrientos, que se pronunciarían por Mahoma, si este les daba de comer. Mas qué personas de poder y de prestigio se les unieron, incluso el general de division ex-presidente y ex-gobernador de Toluca, á quien por una gracia especial y por empeños, se le acaba de espedir su licencia absoluta? Ninguna.

E.—Porque no tuvieron tiempo para ello.

G.—Hombre ¡que digas eso! ¿No has oido que aún se criticó al Sr. Comonfort por apático, en virtud de la lentitud con que dispuso su marcha? Yo digo que si lo hizo á propósito, ha manifestado mucho tino para gobernar, y si lo hizo por un defecto, quiere decir, que hasta sus defectos son favorables á la nacion.

G.—Por una friolera. Parece que el Sr. Comonfort adivinaba lo que iba á suceder. Estuvo disponiendo su marcha con mucha paciencia. Los pronunciados tuvieron tiempo para convidar hasta á las benditas ánimas del Purgatorio, sin que hubiera autoridad de un Estado que les dijera que sí, y ni aun siquiera que les diera esperanzas, diciendo que lo pensarían, sino que inmediatamente les daban calabazas. Fué despues á Puebla el Sr. Comonfort, se vieron apurados, y procuraron que

en otras partes se pronunciaran para llamar la atencion; pero nada de pronunciarse, parece que todos estaban mudos.

E.—¿Cómo es eso que no habia quien se pronunciara? ¿Y los del castillo de San Juan de Ulúa no se pronunciaron?

G.—Ahí me las dén todas; mas valia que no se hubieran pronunciado. ¿No ves que ese pronunciamiento desacreditó mas bien que justificó el tal plan revolucionario? ¿Quiénes se pronunciaron? Los delincuentes presos en el castillo. ¡Bonitos defensores tendrá la religion con unos hombres que no conocen ni han conocido la moral! *Y aquí paz y despues gloria.* Estos fueron los adictos que tuvieron los de Puebla; pero gente de alguna suposicion, ninguna. Ya te dije que no parecia sino que andaban jugando á casitas de alquilar.

E.—Quedo convencido de que era un disparate por potencia. Y la conclusion ¿qué te parece?

G.—Bien, hasta ahora.

E.—¿No crees que el Sr. Comonfort ha sido mas indulgente de lo que convenia?

G.—No; creo que ha obrado con mucha generosidad; pero con indulgencia que pueda tocar en defecto. *G* principio no dejó de alarmar el artículo 4º del convenio; pero despues que hemos visto el desarrollo que le ha dado, ha cesado toda alarma. El gobierno está bien que ejerza mucha indulgen-

cia; los tribunales son los que se han de portar con gratitud. Cuando los que han faltado al convenio, ó los que no quisieron entrar en él sean presos, y puestos como debe ser, á disposicion de los jueces y tribunales, entónces estos son los que deben mostrarse inflexibles; porque ya acabó el tiempo de misericordia, y es fuerza que venga y sufran el imperio de la ley.

E.—Está bien; ¿pero no te causan compasion tantos muertos que ha habido?

G.—¿No me han de causar? Respecto de los nuestros digo: Dios los haya perdonado por su misericordia infinita; y respecto de los nuestros que han tenido los pronunciados, como dicen las viejas que murieron por una *santa causa*, puede aplicarse á cada uno aquella octava de Aristo, ó mejor dicho, de su continuador Nicolas Espinosa, que dice:

Bernardo aprieta el cuerpo valeroso
Con la furia mayor que allí ha podido,
Faltando el espíritu congojoso
De los mortales golpes que ha sufrido.
Desmaya el brazo que fué sanguinoso,
Que sobrado del Carpio fué vencido,
La alma del gran Orlando sube al cielo,
Que tan temido fué por todo el suelo.

E.—Muy poético estás.

G.—Es fuerza honrar los manes, aunque sean enemigos.

E.—¿Y quienes son los que dices que no entraron en la capitulacion?

G.—Nueve individuos, que pueden compararse á los nueve de la fama.

E.—¿Quiénes son esos nueve de la fama?

G.—Que ignores quienes son! Qué hombre tan poco instruido!

E.—Por eso pregunto á quien mas sabe.

G.—Son tres judfos, á saber, Josué, David, y Judas Macabeo; tres gentiles, Alejandro, Héctor y Julio César; y tres cristianos, el rey Artus, Carlomagno, y Godofredo de Bouillon.

E.—Pues amigo Gallo, creo que nuestros nueve modernos, se encierran en dos de los antiguos, así como los mandamientos se encierran en dos.

G.—¿Cómo está eso que no lo entiendo?

E.—Creo que los nueve modernos son Júdas, aunque no Macabeos, y que son bullones ó bulliciosos, aunque no Godofredos.

G.—Cuidado, amigo, con meterse á satírico.

E.—Yo no satirizo, sino que te dije una espression que me ocurrió al vuelo, cuando te oí nombrar á los nueve de la fama.

G.—Pase por ahora y vamos adelante.

E.—¿Qué se hizo con los demas?

G.—Dime por quiénes preguntas; por los nuestros, ó por los capitulados?

E.—Por ambos te pregunto.

G.—Los nuestros se componian de tropas de línea y de auxiliares, que solo vinieron á prestar sus servicios al gobierno en esta expedicion. A estos se les despachó á sus respectivos hogares, dándoles primero las gracias el Sr. Comonfort, en una proclama muy noble y sentimental, y á mas dando á cada uno un diploma en que declara el gobierno que han merecido bien de la patria, y que ese documento les servirá para ser atendidos, cuando lo necesiten. Los de la tropa de línea regresarán á sus respectivos destinos despues de haber recibido las gracias del mismo Sr. Comonfort, y una junta popular y el ayuntamiento se ocupan de que todos esos buenos patriotas reciban recompensas dignas de su mérito y de la república.

E.—Esos son los nuestros, ¿y los pronunciados qué se ha hecho con ellos?

G.—Se ha condenado á los gefes y oficiales á servir de soldados rasos, unos por tres, otros por dos, y otros por un año, y se han mandado, lo mismo que á las tropas, á diversos puntos.

E.—Yo, la verdad, ni aun así los hubiera dejado en el ejército.

G.—¿Por qué?

E.—Porque ¿qué confianza pueden inspirar tales soldados? ¿No ves que estarán prontos para entrar en cualquiera revolucion, aunque sean mas

descabelladas que la que se ha acabado tan felizmente?

G.—Es verdad, y yo tambien digo lo propio; pero el gobierno tendrá sus razones muy fuertes para hacer lo que hizo, no nos metamos en averiguar los secretos del gabinete. A mas de que los tales oficialitos y soldaditos están bien custodiados. A unos los ha mandado al Sur, á otros al Norte, pero siempre puestos á buen recaudo.

E.—Y ya salieron á sus destinos?

G.—Sí señor, van caminando por ahí, *renegando del huevo, y de quien lo puso, y quebrando corazones*, y mas si han dejado por acá alguna persona amada, pueden sin duda decir:

¡Ay! que no hay amor sin ¡ay!

¡Ay! que el ¡ay! tanto me duele

Que muero por ver que no hay

Algun ¡ay! que mi ¡ay! consuele.

Pero, amiguito, *no hay mus*. Ustedes oirán muchos ¡ayes! mas ninguno los consolará; no hay mas sino paciencia y barajar, probablemente *hasta que otro lo ponga*.

E.—¡Quiera Dios que nadie vuelva à ponerlo!

G.—Así es de esperarse, porque me parece que ya hemos llegado al fin de nuestra historia.

E.—Espícate, porque no te comprendo.

G.—Poco tiene eso que comprender. Para que la nacion quedara en paz y arreglara su marcha, era preciso que cayera enteramente en mano de los liberales, ó fuera completamente sojuzgada por los monarquistas: esto segundo no podia ser; luego era necesario lo primero.

E.—Pero por qué no podian sojuzgarla los monarquistas?

G.—Porque seria necesario una nueva conquista. Los monarquistas que habia aquí eran pocos para sojuzgarla por ellos mismos, y tenian que juntarse con algun otro partido, que al cabo cuando mas contentos estaban los dejaban *como el que chifló en la loma*, ó como han quedado los pronunciados, *chatos, chatos, chatísimos*. No te acuerdas de lo que sucedió en la revolucion malhadada del general Paredes? Cuando los monarquistas creian estar ya con la rodilla en tierra, besando la mano al rey, fué saliendo el tal Paredes con una *pata de gallo*, diciendo casi con palabras claras y terminantes: *viva la federacion!*

E.—Buen chasco se pegaron entónces los monarquistas.

G.—Yo me alegro mucho, no tanto por ellos cuanto por el ministro poeta que se metió en la *bolada*, y que ya le parecia que era virey de Méjico, ó grande de España de primera clase.

E.—Mas ya que ha sido imposible que los mo-

narquistas se salgan con la suya por qué no se han salido los liberales?

G.—Aquí, hablando para entre los dos no mas, porque han sido muy tontos; pero no lo digas á nadie, porque me comprometes.

E.—Pierde cuidado, que á nadie lo diré; pero en qué ha consistido la tontera?

G.—En dos cosas: la primera, en que desde el año de 24 colocaron en el gobierno á personas que no eran republicanas, manifestando en esto una generosidad, que parecia tontera, ó una tontera que parecia generosidad. Y tu *ex illis est*.

E.—Es verdad. Yo tambien tuve parte en esta tontera.

G.—Pero qué causa tuvieron vdes. para ello?

E.—Como esos señores tenian tanta nombradía de sábios y prudentes, creímos que aunque tenian opiniones contrarias á las nuestras, las sacrificarian en obsequio del voto general. Pero no fué así. Cada monarquista procuró *hacer su agosto*, y nada mas.

G.—Me alegro que lo conozcas, y los conozcas. Ahí tienes que como esos señores monarquistas no podian obrar directamente, hacian y han hecho cuanto han podido por hostigar á la nacion, ya con sarcasmos, ya con invectivas, ya con providencias sérias, procurando que alguna vez enfadada, se eclara en brazos de un rey déspota.

E.—Mas nunca han podido conseguirlo, aunque la nacion se ha visto algunas veces en *trapos parados*.

G.—Así es verdad. ¡Ojalá y siempre se portaran los liberales como ahora se están portando.

E.—Y cuál es la otra causa que ha habido para que no progresen los liberales?

G.—Sus aberraciones, originadas naturalmente por la posicion en que se hallaban. En los pequeños intervalos en que tuvieron alguna entrada al gobierno, comenzaban á hacer algunas zapiroletas algo pesadas, que los volvian á hacer caer, y á comenzar la lucha.

E.—Y ahora ¿por qué no sucederá lo mismo?

G.—Porque están muy experimentados. Muchos de ellos han padecido grandes trabajos: algunos en paises estrangeros, en donde no han encontrado hospitalidad; han conocido bien á los monarquistas, y es regular que á ninguno den entrada en los puestos públicos, en lo que harán muy bien, y si no lo hacen, les irá mal; porque los monarquistas cuando están de baja, predicán como unos santos padres que el *mérito se debe atender*, sea cual fuere la opinion política de las personas: los liberales *guajolotes* se dejan llevar de esta opinion, y *crian cuervos para que les saquen los ojos*, es decir, acomodan monarquistas por la fama que

tienen, y que ellos mismos muy bien procuran darse mutuamente; pero en cuanto estos cuervos vuelan un poco, no dan cuartel á nadie, bandera negra contra todo liberal, y no solamente eso, sino que procuran desacreditar aún á las personas mas instruidas de los liberales; de suerte que, cuando ménos, hablan con desprecio de ellas. Esto mismo han de hacer los republicanos. Cuando mandan los monarquistas y se les presenta un liberal de mérito, dicen: fulano no deja de tener algun talento, alguna instruccion; pero es un sansculote intolerable: digan lo propio los liberales, pagándoles en la misma moneda. No persigan á ninguno sin causa justa; pero no los coloquen en algun puesto público. Cuando á ellos se les presentaba una competencia entre un liberal de mérito y un monarquista *chamboncillo*, preferian á este. Hé aquí el ejemplo que han de seguir los liberales.

E.—Bien pensado y bien dicho; porque *quod quisque juris in alium statuerit, eodem jure uti debet*; esto es, con la vara que uno mide será medido.

G.—Así es, mucho mas hoy, que todo el gobierno está en mano de los liberales; no hay mas que un temorcillo.

E.—¿Cuál es ese temorcillo?

G.—Que el congreso no vaya á hacer una ca-

tastrofada, porque entónces todo nos lo echa á perder, pues comienzan los pronunciamientos contra el congreso, se empieza á pedir otro, y de estas revoluciones sacan mucho partido los monarquistas, uniéndose á los liberales pronunciados, para despues sacar ellos un congreso que les acomode.

E.—Dios permita que el congreso se maneje con prudencia. Pero, por qué temes que haga una *catastrofada*, como tú dices?

G.—Porque aunque en el congreso hay muchos diputados de *correr y parar*; esto es, que saben hasta donde han de estirar y hasta donde aflojar, porque son liberales experimentados, hay otros indómitos y han de querer *ganar a Zamora*, no en una hora, sino en un minuto; y si estos no se moderan y por desgracia forman mayoría, *malam curam te feci*, llevóse el diablo la carga de miel.

E.—Pero los diputados sensatos los contendrán en sus avances.

G.—Pues ahí está la dificultad, porque vienen algunos diputados que parecen *toritos de once*, embistiendo hasta su sombra, que no pasarán por ley alguna que no sea favorable á su Estado. Porque hay algunos que no parecen diputados de la nacion sino apoderados de sus ayuntamientos; jamas consideran el bien general, sino el particular de sus localidades, y éstos han de dar mucha guerra.

E.—Espero en Dios que no será así. Pero aho-

ra que dijiste guerra, he reflexionado que no hemos concluido con lo que tenias que decirme sobre la de Puebla.

G.—Pues ¿qué quieres que te diga? Las tropas reaccionarias van por esos mundos de Dios, unos para el Norte, otros para el Sur, quebrando corazones, principalmente los que dejan por acá alguna persona amada; y van cantando tristemente, acompañados de los pífanos que se tocan en la Semana Santa:

Adios, Elvira del alma,
Adios para siempre, adios.

E.—Amen. Bien merecido lo tienen, pues ya que son revoltosos debian considerar que perdiendo, habian de sufrir una suerte desgraciada; y así ellos tienen la culpa.

G.—Esa fué una equivocacion muy natural. Como están acostumbrados á que en todo pronunciamiento pierda el gobierno y ganen los pronunciados, ó cuando no ganen completamente, se acabe todo por un convenio favorable, dijeron: pues vamos metiéndonos en este; pero no les salió la cuenta.

E.—¡Oh! si así se hubiera hecho en todos los pronunciamientos, sin duda que no habria habido la mitad.

G.—Así es, en efecto; pero ya siquiera sabrán